

La ciencia histórica en América Latina

Alexander Betancourt Mendieta
Universidad Autónoma de México

IMPENSAR LAS CIENCIAS SOCIALES

Una vez acaecida la crisis política de fines de los años ochenta, con el derumbe del “socialismo realmente existente”, se puso de manifiesto con todas sus aristas la profunda crisis epistemológica que vivían las ciencias sociales en todo el mundo académico del hemisferio occidental. La exacerbación de los postulados posmodernistas y la enorme publicidad de los fines metahistóricos del “fin de la historia”, reveló la necesidad de volver a la teoría. Han existido variados esfuerzos por sobrellevar las consecuencias extremas del nihilismo posmodernista y su proclamación de “la muerte de los grandes metarrelatos”. Sin duda, el fenómeno de globalización, del que nos hemos percatado desde la década de los años ochenta, plantea enormes retos para el desempeño de la actividad académica de las ciencias sociales y humanas. Para el caso particular de América Latina en esta coyuntura crítica es significativa la atención que se le ha prestado a dos nuevos planteamientos teóricos germinados en el ámbito académico norteamericano: los estudios culturales y los proyectos poscoloniales.

Las transformaciones que vivieron las sociedades de todo el mundo desde la década de los cincuenta dieron paso a ciertas articulaciones dentro del universo académico, especialmente con la conformación de los Estudios de Área como instrumentos de conocimiento sobre los procesos que se desplegaron en las zonas periféricas del mundo “desarrollado”. Esta conformación de las estructuras académicas permitió la inclusión de estudiosos venidos del entonces llamado “tercer mundo” dentro

de las instituciones universitarias y las oficinas de asesoría de los gobiernos europeos y norteamericano que entreveron intereses geopolíticos en el “tercer mundo” que eran importantes para sus Estados.

En ese contexto se desplegó un ambiente propicio para la eclosión de una crítica al colonialismo que después de la crisis política generada con la caída del “socialismo real” a fines de los años ochenta emergió como una postura novedosa que se diferenciaba formal y materialmente de *las narrativas anticolonialistas* que siempre acompañaron los procesos de expansión capitalista desde el siglo XIX. Es decir, las teorías poscoloniales fueron articuladas en este marco de acontecimientos, que tan brevemente he enunciado, y surgieron no como una oposición desde “la autenticidad” y “la diferencia”, sino desde el convencimiento de que la occidentalización era un proceso mundial, irreversible y deseable. De allí que la crítica al colonialismo que se acuñó de esta manera reveló los vasos comunicantes entre las estructuras sociales, económicas, políticas y culturales de las sociedades europeas y su voluntad de dominio sobre otros hombres y otras culturas. A ello agregaron una postura de historización radical del propio *locus enuntiationis* que desea aclarar a cada paso los alcances y la perspectiva desde donde se formulan sus interpretaciones de los procesos socioculturales latinoamericanos¹.

Como parte de esta eclosión teórica novedosa, que también corresponde a un posicionamiento político y económico de los diferentes centros académicos norteamericanos, surgió con mucha fuerza la postura de los estudios culturales. Esta perspectiva teórica, política y metodológica hace parte de la crítica al colonialismo desde el rescate de las minorías al interior de las sociedades europeas y norteamericana. Actores políticos como las mujeres, los homosexuales y las minorías étnicas pusieron en cuestión la neutralidad de las ciencias sociales y humanas y denunciaron la parcialidad de sus interpretaciones leídas desde los horizontes comprensivos del género, la clase y la raza. De esta manera, los estudios culturales contribuyeron a poner en el centro de las discusiones la temática de la cultura popular y los estudios de género en el marco de una mirada crítica acerca de la forma como se establecieron “hegemonías culturales”; es decir, los modos en los que se producen, distribuyen y se receptionan los “artefectos culturales”.

La consecuencia más evidente de estos modos de asumir los trabajos sobre las sociedades desde la práctica de las ciencias humanas y sociales fue el replanteamiento de los criterios epistemológicos ilustrados y las divisiones del conocimiento como se conocen en el proyecto de la modernidad. A partir de estos pronunciamientos, las ciencias sociales y humanas enfrentan hoy día el encuentro con las demás disciplinas teniendo que enfrentar los límites disciplinarios que se establecieron en el proceso de profesionalización del conocimiento².

Como consumidora de modas intelectuales y de ciertas crisis que a veces le son ajenas, las ciencias sociales y humanas en América Latina vislumbran en este

contexto una serie de tareas. Los marcos de comprensión y las convenciones y categorías de explicación de los procesos sociales y culturales latinoamericanos han bebido, casi siempre, de fuentes ajenas. Por eso, la eclosión de modas intelectuales o de tendencias teóricas afecta directamente el modo en el que se han desarrollado las ciencias sociales y humanas en América Latina. Especialmente, si se tiene en cuenta que las “sensibilidades” que se han desarrollado tras la emergencia de las posturas culturalistas y poscoloniales impulsaron en el ámbito académico latinoamericano la producción de ciertos posicionamientos con respecto a “la crisis de la modernidad”, como se descubre en las reflexiones sobre la heterogeneidad cultural latinoamericana y el desenvolvimiento de los medios masivos de comunicación como vehículos de acceso a la modernidad³. El surgimiento de estas ideas a lo largo de los años noventa replanteó las dicotomías “tradicionalmente” usadas por los estudios de las ciencias humanas y sociales para explicar los procesos latinoamericanos como “civilización y barbarie”, “modernización y modernismo”, “dependencia y autodeterminación”. Por esta vía se llegó entonces a la revivificación de la temática de “las identidades nacionales” y se abrieron las puertas al afán de reflexión acerca de los alcances y funciones de las ciencias sociales y las humanidades en el espacio académico, cultural y político latinoamericano⁴.

Si bien es importante y necesaria la revisión de los paradigmas decimonónicos de las ciencias sociales y humanas ligados al “proyecto de la modernidad”, no se puede perder de vista que esta es una necesidad que no brota solamente de los compromisos impuestos por los debates teóricos planteados en los centros de producción norteamericanos. Las ciencias sociales y humanas han sufrido la crisis de los paradigmas desde la década de los años ochenta y los girones de obras renovadoras en diversos ámbitos, como puede colegirse de la irrupción de las tendencias de la historia social y de las mentalidades en el ámbito de la historia o del agotamiento de los esquemas estructuralistas ante el surgimiento de los aportes bajtinianos en la crítica literaria. Estos desarrollos al interior de las tradiciones científicas ya replanteaban los alcances de las interpretaciones propuestas por las distintas ciencias sociales y humanas. Más aún, esta tendencia autorreflexiva se hizo evidente, por ejemplo, en el espacio latinoamericano cuando los desenvolvimientos de muchas de sus sociedades revelaron la debilidad de los esquemas socioeconómicos para explicar acontecimientos como los intentos democratizadores al sur del subcontinente, el surgimiento de movimientos inéditos, como los zapatistas en México, y el fortalecimiento del fenómeno del narcotráfico en las regiones del centro y norte andino suramericano.

Por otra parte, las corrientes estéticas y los esfuerzos clarividentes de la literatura latinoamericana en el siglo XX demostraron constantemente las limitaciones de las obras de los científicos sociales para comprender la complejidad de los fenómenos latinoamericanos. Los excesos del “realismo mágico” y del *boom* que lo hizo célebre,

impulsaron la creencia de que la vía estética era el modo más válido de comprensión de las realidades del subcontinente. Este exceso desconoció la conformación de los procesos de disciplinarización de las ciencias sociales y humanas en América Latina. La permanencia de aquel presupuesto como instrumento de comprensión de los procesos históricos latinoamericanos hace necesaria y relevante la comprensión de los logros y los retos a los que se enfrentan los trabajos de las ciencias sociales y humanas en la actual situación latinoamericana.

El campo de exploración es vastísimo. Por eso, el presente escrito pretende circunscribirse a la esfera exclusiva de la ciencia histórica y a la forma como ha participado en la constitución de los imaginarios nacionales que en la actualidad sufren los embates furiosos desde la perspectiva de la heterogeneidad y la diversidad. A menudo, esos ataques se hacen con apreciaciones injustificadas e incomprensiones con respecto a los procesos históricos que estuvieron relacionados con la conformación de los Estados y las sociedades nacionales en América Latina.

DE LOS ORÍGENES AL CARÁCTER NACIONAL

El desenvolvimiento de los Estudios de Área durante el período de la Guerra Fría impuso en el campo de las ciencias sociales la idea del “carácter nacional”. Esta categoría comprensiva, aplicada inicialmente a regiones geográficas enteras, se llevó al plano de las preocupaciones nacionales y suponía que las “naciones” poseían “rasgos profundos” que permitían explicar el comportamiento de los países. En el mundo latinoamericano este tipo de trabajos inspiró las auscultaciones técnicas de la CEPAL que marcaron rotundamente el desenvolvimiento de los estudios sociales en América Latina. Para los años sesenta, cuando Tulio Halperin Donghi escribió la *Historia contemporánea de América Latina* (1967), quedó en claro que los científicos sociales ocupados con el subcontinente debían preguntarse si “la nación” constituía un “marco seguro” para la realización de las historias nacionales. De paso, esta inquietud dejó en evidencia las dificultades para escribir una historia cuyo tema fuera América Latina, en especial, el reto que implica encontrar los puntos que pudieran permitir la comparación.

La “historia nacional” hace parte del proceso de constitución del Estado y de la “nación”. Esto significa que la preocupación con el pasado como tema de estudio está estrechamente ligada con la afirmación y definición de “la nación”; es decir, con la formulación de los “mitos de origen” del Estado y la constitución de los rasgos de “la nación” y de los contenidos de “la tradición nacional”. Estos intereses hicieron parte del ideal de construir sociedades integradas en las que cohabitaran ciudadanos efectivos que conjuntados conformaran un “imaginario colectivo unitario”. En

este proyecto, el pasado pudo ofrecer una imagen donde los ciudadanos se reconocieron desde su “individualidad supuesta” como pertenecientes a una colectividad.

En buena medida, el trabajo de los principales textos de historia nacionales latinoamericanos del siglo XIX consistió en plasmar la imagen de un pasado que permitiera delimitar con claridad a “la nación”. Sin embargo, este compromiso de la elaboración intelectual con claras repercusiones políticas no tuvo en cuenta la problemática que significaba la integración en una misma y sólida tradición de las líneas heterogéneas que constituían las distintas sociedades y que, por lo general, llegaron a conformar una República de una manera arbitraria y fortuita.

EL TEMA DE LA IDENTIDAD NACIONAL

La existencia de archipiélagos económicos, sociales, culturales y geográficos al interior de los distintos Estados latinoamericanos pone un serio cuestionamiento la suposición de una entidad jurídicamente unitaria. La evidencia de esta situación se hizo clara a principios del siglo XX cuando entró en crisis el modelo liberal de organización estatal y se sintió la necesidad de “reformular” a “la nación”. Las nuevas realidades sociales –la urbanización y la masificación de las ciudades–, que conllevaron consecuencias notables en el mundo de la política –las formas políticas masivas por encima de los acuerdos partidistas privados–, obligaron a repensar el destino nacional. Este tema se encuentra estrechamente ligado al problema que supone el reemplazo de los “modelos heredados” por nuevos valores y ordenamientos seleccionados y presentados como “surgidos del seno mismo de la nación”.

A principios del siglo XX fue evidente que la elaboración de las tradiciones nacionales como referentes de la nación y del Estado se construyeron primordialmente con base en los alcances que permitieron herramientas conceptuales como la raza y el medio geográfico. Estos instrumentos encontraron buenas referencias en determinados símbolos y valores preexistentes, vinculados con el pasado de algunos de los grupos sociales que habitaban el territorio nacional, los cuales debían constituir factores decisivos de unidad. Por eso, la “identidad nacional” no constituye más que la traducción de los conflictos que involucran tradiciones ideológicas distintas que representan disputas políticas en las que ciertas minorías hegemónicas –o que aspiran a serlo– se enfrascan en una tarea de adoctrinamiento. La pugna por imponer ciertos “rasgos nacionales” se desarrolló, pues, en el plano ideal y normativo, entre imágenes y proyectos sobre “la nación” –lo que cada grupo considera que es el “ideal de la identidad”– y no sobre las conclusiones de un análisis de la realidad social de los países⁵. De allí que esta búsqueda de unos fundamentos sólidos para la unidad terminaron en el establecimiento de la lengua, las tradiciones religiosas y un

pasado histórico común. Estos factores culturales permitieron dar forma a esos fenómenos sociales, políticos y culturales a los que hoy conocemos como “las naciones” y “los nacionalismos” que demandaron la afirmación de la autonomía del Estado, a nivel político, económico y cultural, al igual que la homogeneización de unas sociedades heterogéneas que debían reconocerse en esos factores de unidad⁶.

La comprensión de estos procesos explica la importancia para los Estados de realizar una amplia tarea de “reinterpretación” y de acuñación de nuevas “tradiciones nacionales” a través de la labor sistemática de políticas públicas lideradas por grupos de intelectuales insertos en las tareas de “modernización del Estado”. Es el caso de la escuela donde la educación no se entendió solo como “instrucción”, sino como la aspiración a una “cultura social” ofrecida y dada a todos que estaba fundada en el ideal del trabajo. Es decir, la escuela debía convertirse en un instrumento básico de la asimilación de los contrarios y las diferencias; esto explica la difusión del espíritu de “crisol” que debía tener la tarea educativa⁷. Este hecho implica que en el ámbito latinoamericano el quehacer del intelectual —aquel que se encuentra fundado en el poder de la palabra escrita— se realizó en torno a la idea de ofrecer interpretaciones didácticas y políticas con fines inmediatos porque la reciprocidad del intelectual con la realidad social estuvo basada en “una relación existencial en el sentido de que sin la función didáctica carece de fundamento social para su configuración”⁸.

Ahora bien, tales elaboraciones empezaron a dejar espacios de contradicción en la medida en que muchos de sus postulados no correspondían a la realidad que se desató con las transformaciones de principios de siglo. Esta tensión fundamental se puede apreciar cuando se observa con atención los referentes que se encuentran en la exaltación de los logros de las repúblicas. La celebración de los centenarios de la independencia y los símbolos que se consagraron como los ideales de este desenvolvimiento entraron rápidamente en colisión con la realidad más inmediata. Los héroes de la independencia puestos como ejemplos a imitar se consagraron al mismo tiempo que se concebía el valor de la orientación progresista del positivismo y se resaltaba el aspecto homogeneizador de la lengua y la religión, que justificó la apertura de Academias de la Lengua y la elaboración de historias de las literaturas nacionales. Por eso, el seguimiento a los modos de constitución de las “tradiciones nacionales” permite comprender la forma en la que se realizan aquellas operaciones de “reinterpretación”. En este sentido es paradigmática la forma como la política realizó consecuentemente los más variados usos de las elaboraciones históricas. No es extraño encontrar, por ejemplo, la consideración de que las distintas literaturas nacionales debían ser todas aquellas que se habían escrito en español y de acuerdo con la normatividad artística hispana o genéricamente europea. El desenvolvimiento de las corrientes indigenistas en el ámbito literario latinoamericano demostraron, poco después, cómo esta interpretación de la literatura nacional se desarrolló como una evidencia “natural” que no permitía ser cuestionada sin discutir, al mismo tiempo, el

proyecto político que le había dado origen⁹. Los principios hispánicos y de progreso en los que se habían fundado los ideales de la unidad nacional a fines del siglo XIX pudieron confrontarse polémicamente con las realidades heterogéneas de las sociedades nacionales que se desplegaron en los países latinoamericanos después de la Primera Guerra Mundial.

El encuentro de las realidades ciudadanas con los marcos de interpretación ruralista con el que se desarrolló el ideario liberal de fines del XIX sobrevino en un colapso de los marcos de interpretación. Además, en la eclosión heterogénea del mundo urbano también se hallaba entremezclada la presencia de factores no tenidos en cuenta hasta ese momento en el trazado de la unidad nacional, como era el elemento indígena, el campesino, el negro y el inmigrante. Estos elementos novedosos dentro de los proyectos nacionales presionaron para abrirse paso dentro de los marcos electorales, pero también a la hora de las definiciones culturales. Esto suponía un reto importante para “la comunidad abstracta” de la que partía el liberalismo latinoamericano decimonónico y su paradigma de la homogeneidad¹⁰.

LA CUESTIÓN DE LA “HISTORIA OFICIAL”

El hecho de que en los últimos años haya existido una especie de “explosión de la memoria” manifiesta la urgencia de pasado que se vive actualmente. La eclosión arrolladora de la novela histórica y de los estudios sobre los espacios y las narrativas que corresponden a realidades sociales y culturales heterogéneas cuestionan abiertamente, ya sin el encanto de la novedad sino con el agotamiento de los lugares comunes, el principio de la unidad y la homogeneidad que supone el ordenamiento jurídico de las repúblicas latinoamericanas.

Los ataques a la “memoria oficial”, generalmente embestida sin definir, olvidan, paradójicamente, que la constitución de la memoria no tiene un camino unívoco. La memoria, sin duda equivalente en cierto momento a la categoría de identidad, puede definirse como la capacidad de conservar y actualizar informaciones pasadas que pueden volverse objeto de una acción comunicativa¹¹. La memoria se constituye, pues, en un repertorio que se reinventa constantemente y que está compuesto por una variedad de elementos que pueden ser ciertos espacios antiguos, algunas narraciones orales y escritas, el uso de ciertos objetos cotidianos, la presencia de ciertas músicas y bailes, etc. Pero la “memoria oficial” se circunscribe a un ámbito nacional en donde la memoria se forja primeramente para establecer un marco de unidad y de homogeneidad. Su principal medio de influencia lo revela la escuela e instituciones como los museos, las estatuas, los símbolos, los emblemas y las conmemoraciones¹². Esta actualización permanente del pasado presupone que la elaboración de

una determinada interpretación del pasado está ligada al establecimiento de un horizonte del futuro, la delimitación de un “destino nacional”. Sin embargo, ese “destino” no podía concebirse sin un sujeto que tuviera la potencialidad de realizarlo. En este sentido, la memoria debía contribuir a establecer los contornos de “la nación”.

Mientras que la cimentación del Estado se impuso como una tarea de la política, “la nación” fue una misión cultural. En el mundo latinoamericano el predominio de los factores políticos llevó a que el Estado creara a “la nación”. En este aspecto, el Estado requirió, entre otras cosas, de la acotación de la temporalidad nacional que permitiera la legitimación histórica de ese Estado con base en el establecimiento de cierta herencia temporal y la creación de una perspectiva utópica. De esta manera, la demarcación de la temporalidad nacional fue y es una tarea exclusiva y determinante de la disciplina histórica. La historia, pues, fue la herramienta de esta operación utilizando como referencia la tradición histórica europea. La reconstrucción del pasado legitimaba la creación de los Estados nacionales con base en la selección de datos y experiencias que permitieran crear un “nosotros”: la nación. Esta labor entronca con las tareas de la simbolización que llevó a cabo la instauración de las fiestas patrias, el ordenamiento de las colecciones museográficas y el establecimiento de los cánones bibliográficos como herencias nacionales, que dieron como resultado no solo una lectura sino la consagración de un pasado¹³.

Es obvio que el esfuerzo de los historiadores no constituye el único camino para la “creación de la nación”, pero su labor llevó a la determinación de “los orígenes” y a delimitar la dimensión temporal de los Estados nacionales en las que basaron la proclamación de su singularidad. Hannah Arendt señaló en alguna oportunidad que el historiador comprende los acontecimientos como el fin y la culminación de lo que le ha precedido; de esta manera, el acontecimiento es el culmen de un proceso pero también el comienzo de algo. En este punto, la tarea del historiador fue y es la de descubrir “*lo nuevo* imprevisto con todas sus implicaciones y sacar a relucir toda la fuerza de su significado”¹⁴. De este modo se puede comprender que los procesos de construcción de la nación en América Latina fueron el resultado de acciones que trataron de destacar los aspectos excepcionales de estos países en contravía de una vieja consideración: el americanismo.

LA PROFESIONALIZACIÓN DE LA HISTORIA

La ciencia histórica en Latinoamérica se desarrolló inicialmente en el siglo XIX en un escenario que planteaba la resistencia fundamental entre erudición y patriotismo. El conocimiento del pasado en el contexto de creación de los Estados tenía usos políticos, pero la realización de una “memoria nacional” también requería de otros esfuerzos y otras labores. La disciplina histórica en América Latina tuvo en

el XIX, y todavía en el XX, dos momentos importantes en su desenvolvimiento: la historia destinada a la formación de los ciudadanos, la historia cívica y la historia científica, la historia de los expertos.

La conformación de la historia como disciplina del conocimiento en América Latina requirió a fines del XIX y principios del XX la necesidad de convertirse en una profesión. La institucionalización de la historia como una labor profesional debía dar el paso de los cultivadores “aficionados” al surgimiento de “técnicos expertos” formados en instituciones académicas, que les permitieran dedicarse de tiempo completo a las tareas de la profesión y que pudieran desenvolverse en reuniones donde se expusieran textos con cierto aparato formal erudito —como las notas a pie, la bibliografía especializada— que posibilitaran la discusión sobre teorías, métodos y textos de otros colegas. El historiador profesional, por ejemplo, podría ofrecer argumentos razonables a las pretensiones territoriales de su país o asesorar los planes estatales de formación ciudadana, que le permitieran superar el papel de propagandista al servicio de ciertos intereses políticos y/o gremiales¹⁵.

La profesionalización y la institucionalización de la historia en América Latina tienen sus peculiaridades en comparación con el mismo fenómeno en Europa y dentro del mismo subcontinente. Fernando Devoto ya indicó cómo la expansión de las cátedras universitarias y los institutos de investigación o formación técnica en Europa, así como las discusiones en torno al método representaban temporalmente una situación “bastante aventajada” con los esfuerzos que se hacían en los países latinoamericanos. Mientras que en Europa el tema de la investigación se convirtió en una prioridad de la profesionalización, en América Latina se impuso el papel pedagógico y formativo de la historia cívica¹⁶. Además, la creación de las instituciones académicas profesionales en los diferentes países latinoamericanos era muy dispar. Generalmente correspondió a la situación política y económica de cada Estado. Basta observar un poco desprevénidamente para percatarse que la sección de historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires empezó a funcionar en 1905, mientras esta misma sección se creó en la Universidad de São Paulo hasta 1935, con un padrino ilustre Fernand Braudel¹⁷. El área de Historia en la Universidad de la República en Uruguay se inició en 1948. La Universidad de Costa Rica, fundada en 1940, creó el Departamento de Geografía e Historia en 1957 y hasta 1964 se abrió la carrera de Historia en la Universidad Nacional de Colombia¹⁸.

La apertura de estas secciones, frecuentemente dentro de las Facultades de Filosofía y Letras y/o de Humanidades, no significaba la orientación hacia la investigación. Generalmente estos departamentos formaban a sus alumnos para que ingresaran al mundo de la enseñanza primaria y secundaria más que al mundo universitario, donde la ausencia de profesores especializados para impartir las diferentes asignaturas constituían un obstáculo permanente para la profesionalización. En esto

era evidente la dificultad para conseguir profesores especialistas en historia nacional, por ejemplo¹⁹. En este punto destacan las dificultades que los discursos históricos tuvieron para ofrecer, en competencia con otros medios, como la literatura, interpretaciones sugerentes y aceptadas por las sociedades nacionales con respecto a los procesos históricos. Además, no se puede perder de vista que el fenómeno tardío de la profesionalización también revelaba los conflictos que desató la competencia entre los distintos modos de escribirse la historia. No toda la producción histórica responde a los modelos positivistas decimonónicos, como suponen los ataques a las “historias patrias” ni toda la “mejor historia” corresponde a los criterios de la historia social, socioeconómica o de las mentalidades. Al fin y al cabo, la “historia profesional” también ha padecido de los rigores de la militancia política y del uso coyuntural.

Los esfuerzos de profesionalización se deslindan claramente de las funciones, actividades y la producción realizada por los Institutos Históricos y Geográficos o las Academias Nacionales de Historia. Estas instituciones fundadas a mediados del siglo XIX contribuyeron al ordenamiento de los archivos, a la publicación de fuentes documentales y aun a la difusión de la metodología positivista en boga. Pero estas instituciones se desarrollaron dentro del ámbito privado al cual le daban la consagración de prestigios y abolengos de algunos “hombres ilustres” que dedicaban sus ratos de ocio a la aclaración de circunstancias familiares. Como tal, estas agremiaciones no constituyeron el foco de renovación profesional o académica que las transformaciones del siglo XX reclamaban de los “hacedores del pasado”. De este modo, la tarea de las Academias de Historia quedó al margen de los circuitos que estableció posteriormente la profesionalización de la disciplina en el ámbito de las universidades públicas²⁰.

Desde fines de los cincuenta y principios de los sesenta buena parte de los historiadores formados en las instituciones universitarias descubrieron en Francia uno de los focos renovadores de los estudios históricos. El influjo de los historiadores reunidos en torno a la revista *Annales* comenzó a dejarse sentir con fuerza en los ámbitos académicos latinoamericanos²¹. Pero el hecho de que la forma de escribirse la historia y el surgimiento de los historiadores profesionales se haya dado cuando estos partieron a Europa y a los Estados Unidos, no significó que su novedosa producción entrara en diálogo con el quehacer que ya existía y se había acumulado, bien o mal. Con lo cual quedó en pie un problema no resuelto aún tanto en el ámbito de los historiadores como de las demás ciencias humanas y sociales: el de la recepción crítica de las corrientes y modas intelectuales en América Latina.

Lo que sobreviene después para buena parte de la producción histórica nacional en América Latina es la convivencia. Este fenómeno puede significar: tolerarse y/o desconocerse, pero de ninguna manera dialogar ni evaluarse recíprocamente. Al

mismo tiempo, este diálogo tampoco se hace con las ideas y los parámetros que se reciben de afuera como modelos de concepciones historiográficas.

VOLVER A LA REFLEXIÓN: LAS PRESUNCIONES DEL DIÁLOGO

La descripción de los procesos descritos en estas páginas tienen implícita la idea de que es necesario volver los ojos de manera crítica a las tradiciones culturales forjadas en América Latina. Los ataques a los logros de los procesos de constitución nacional realizados en la segunda mitad del siglo XIX en toda América Latina generalmente suponen la validez de los criterios multiculturales y de la heterogeneidad que, sin duda, comparto. Pero ellos han conducido a una especie de demonización de la nación y de los nacionalismos que le son implícitos. Es el caso en los estudios regionales así como en los trabajos sobre cultura popular, aplicados al ámbito de las sociedades regionales que se desenvuelven al interior de un país o como una mirada que trata de abarcar al subcontinente latinoamericano. Es frecuente que pequen a menudo por autonomizar en demasía sus conclusiones. Surgidos apenas en el marco de los años ochenta y noventa del siglo XX en el ámbito latinoamericano, tienden a olvidar el clima intelectual y político en el que se inscriben los proyectos de constitución de los Estados y las representaciones de las naciones con base en una mirada a posteriori de los acontecimientos. Han llegado al punto de conducir a una supuesta singularidad absoluta de los espacios locales. A pesar de ello, este tipo de trabajos permitió reconocer que una supuesta “identidad nacional” no constituye más que una “identidad” entre otras y con frecuencia en competencia con ellas.

Es indiscutible la razón que asiste a las acciones que buscan develar los conflictos y las dificultades que se encuentran ocultos en los procesos de homogeneización en la construcción de los Estados nacionales latinoamericanos, pero es muy frecuente observar que esos ejercicios están fundados sobre una serie de creencias erróneas y prejuicios que castigan por igual a toda una serie de baluartes culturales latinoamericanos. Olvidan, de manera clara, el valor del acervo cultural y el sentido de la transmisión de esos saberes de manera crítica que se encuentra explícito en el ejercicio de aproximación a la tradición cultural.

La invitación que trasluce en estas páginas conlleva a la relectura de una serie de experiencias acumuladas que se encuentran en el pasado de los diferentes países latinoamericanos. Saberes que se elaboraron con ingenio pero sin ingenuidad. No se trata de un rancio interés nostálgico sino de un ejercicio crítico, de diálogo abierto y desprejuiciado con valoraciones e interpretaciones que nos anteceden en el tiempo, para que no se dé el salto en el vacío que supone la creencia de que el presente resulta de la nada. De hecho, como lo afirmó Enrique Zuleta, las tradiciones han

conservado verdades y advertencias sabias, pero también, y a pesar de su carácter selectivo, han perpetuado creencias erróneas, falsedades y prejuicios, que han requerido otras experiencias para decantarlas y perfeccionarlas. Siempre sociales y jamás individuales, no son todo el pasado, sino la parte de la historia que es relevante para la constitución y conservación de la vida colectiva²².

Señalar estos puntos y promover una reflexión sobre las imágenes que construye la historia sobre el pasado nacional, y en un horizonte mucho más amplio, sobre América Latina, es el trabajo de la reflexión historiográfica y de todo ejercicio de reflexión sobre las distintas disciplinas que se ocupan de los procesos históricos, culturales y sociales de los países latinoamericanos.

NOTAS

- ¹ Tengo en cuenta las apreciaciones que se encuentran en Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta (coords.), *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. México, Miguel Ángel Porrúa-University of San Francisco, 1998, p. 19 (Filosofía de Nuestra América) y Santiago Castro-Gómez, Oscar Guardiola y Carmen Millán (eds.), *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*. Santafé de Bogotá: Centro Editorial Javeriano-Instituto Pensar, 1999 (Pensar).
- ² Al respecto, el texto más revelador de esta nueva dinámica del conocimiento en una época de crisis de paradigmas epistemológicos se encuentra en Immanuel Wallerstein (ed.), *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, trad. Stella Mastrángelo. México: Siglo XXI, 1996 (El mundo del siglo XXI).
- ³ Son bien conocidos los aportes que en este sentido han hecho los textos de Néstor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: CONACULTA-Grijalbo, 1989 (Los Noventa, 50) y Jesús Martín Barbero, *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Barcelona: Gustavo Gili, 1991.
- ⁴ Como ejemplos de esta eclosión teórica se pueden señalar, entre otros, los textos de William Rowe y Vivian Schelling, *Memoria y modernidad. Cultura popular en América Latina*, trad. Hélène Lévesque. México: CONACULTA-Grijalbo, 1991 (Los Noventa, 88); Hermann Herlinghaus y Monika Walter (eds.), *Posmodernidad en la periferia. Enfoques latinoamericanos de la nueva teoría cultural*. Berlín: Langer Verlag, 1991, y John Beverly, José Oviedo y Michael Aronna (eds.), *The posmodernism debate in Latin America*. Durham: Duke University Press, 1995.
- ⁵ Alan Knight reflexionó recientemente sobre esta temática y algunas de estas líneas comparten su percepción sobre el problema de la "identidad nacional". En este ejercicio ofrece un ejemplo clarificador de esta situación al indicar cómo en la Revolución mexicana los líderes revolucionarios querían un Estado laico, fuerte y centralizado y una ciudadanía patriótica, productiva y secular; los líderes católicos, sus enemigos, preferían un Estado clerical, corporativo y una sociedad devota, jerárquica y patriótica. Pero ambos estaban de acuerdo en que "los mexicanos" eran torpes, flojos y llenos de vicios que impedían cumplir estos ideales opuestos.

- Cf. Alan Knight, "La identidad nacional: ¿mito, rasgo o molde?", en Gonzalo Sánchez y María E. Wills (comps.), *Museo, memoria y nación*. Santafé de Bogotá: Ministerio de la Cultura, 2000, pp. 146-147.
- 6 Cf. Ignacio Sosa, "Nacionalismo y populismo, dos interpretaciones distintas de una experiencia única", en *Política y Cultura* (México), núm. 11, 1998-1999, pp. 7-28.
- 7 Cf. Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925). Educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, y Fernando J. Devoto, "Relatos históricos, pedagogías cívicas e identidad nacional: el caso argentino en la perspectiva de la primera mitad del siglo XX", en Javier Pérez y Verena Radkaw (coords.), *Identidad en el imaginario nacional. Reescritura y enseñanza de la historia*. México: El Colegio de San Luis-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla-Instituto Georg Eckert, 1998, pp. 37-59.
- 8 Rafael Gutiérrez Girardot, "El intelectual y la historia" (1992), en Rafael Gutiérrez Girardot, *El intelectual y la historia*, Caracas: La Nave Va, 2001, p. 30. Del mismo autor, *La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX*. College Park, University of Maryland Press, 1991 (Latin American Studies Center Series, 3).
- 9 En este punto son fundamentales las observaciones realizadas por Antonio Cornejo Polar, *La formación de la tradición literaria en el Perú*. Lima: Centro de Estudios y Publicaciones, 1989. Para el caso brasileño es muy importante la referencia a los trabajos de Antonio Cândido, *Formação da literatura brasileira*. São Paulo: USP, 1975.
- 10 Cf. Hilda Sábato (coord.), *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, 1999 (Fideicomiso Historia de las Américas), y Mónica Quijada, "El paradigma de la homogeneidad", en Carmen Bernand, Mónica Quijada y Arnd Schneider, *Homogeneidad y nación con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2000, pp. 15-55 (Tierra Nueva e Cielo Nuevo, 42).
- 11 La definición ha sido tomada de Gonzalo Sánchez, "Introducción: museo, memoria y nación", en *Museo, memoria y nación*, op. cit., p. 21.
- 12 Cf. Arno Wehling, "Historiografía e identidade na construção do Estado nacional brasileiro. O projeto político do Instituto Histórico e Geographico Brasileiro", en *Los estudios históricos como expresión de la cultura nacional. V Congreso Iberoamericano de Academias de la Historia*. Santiago de Chile Academia Chilena de la Historia, 1996, pp. 47-57; Bernardo Tovar, "Porque los muertos mandan. El imaginario patriótico de la historia colombiana", en Carlos M. Ortíz y Bernardo Tovar (eds.), *Pensar el pasado*. Santafé de Bogotá Archivo General de la Nación-Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, 1997, y Anthony D. Smith, "Conmemorando a los muertos, inspirando a los vivos. Mapas, recuerdos y moralejas en la recreación de las identidades nacionales", en *Revista Mexicana de Sociología* (México), vol. 60, núm. 1, 1998, pp. 61-80.
- 13 Sobre la labor bibliográfica como construcción de las memorias nacionales se ha dejado muy al margen la enorme tarea de Gabriel René Moreno y José Toribio Medina. Cf. José Luis Roca, "Gabriel René Moreno y su contribución a la cultura boliviana e Hispanoamericana", en *Los estudios históricos como expresión de la cultura nacional*, op. cit., pp. 35-46.
- 14 Hannah Arendt, "Comprensión y política" (1953), en Hannah Arendt, *De la teoría a la acción*, Madrid: Paidós, 1995, p. 40.

- ¹⁵ En este sentido es interesante tener en cuenta la labor del historiador argentino Vicente Quesada y el libro *La Patagonia y las tierras australes del continente americano* (1875) como lo referencia Pablo Buchbinder, “Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”* (Buenos Aires), Tercera serie, núm. 13, 1996, pp. 73-75.
- ¹⁶ Fernando Devoto describe la disyuntiva investigación y/o enseñanza y su expresión en la institucionalización de la historia como disciplina de conocimiento en el caso concreto de la Argentina en “La enseñanza de la historia argentina y americana. Nivel superior y universitario, dos estudios de caso”, en Varios, *La Junta de Historia y Numismática y el movimiento historiográfico en la Argentina*, vol. II, Buenos Aires, Academia Nacional de Historia, 1996, pp. 388-402.
- ¹⁷ Braudel hizo parte de la Misión Francesa que colaboró en la fundación de la Universidad de São Paulo en 1934. Él fungiría como profesor de la Facultad de Ciencias, Letras y Filosofía en cátedras de historia entre 1935 y 1937, y una estancia de siete meses en 1947. Cf. Carlos A. Aguirre, “Fernand Braudel, América Latina y Brasil. Un capítulo poco conocido de su biografía intelectual” en *Eslabones* (México), núm. 7, enero-junio de 1994, pp. 32-47.
- ¹⁸ Al respecto se pueden confrontar los siguientes trabajos: Emilio Ravignani, “Inauguración y plan de trabajos del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad de la República Oriental del Uruguay”. Montevideo: Impresora Uruguaya, 1948 (Ensayos, Estudios y Monografías, 1); María E. Bozzoli, “Los estudios históricos y la cultura nacional en Costa Rica”, en *Los estudios históricos como expresión de la cultura nacional*, op. cit., pp. 75-95; Alicia Olivera (coord.), *Historia e historias. Cincuenta años de vida académica del Instituto de Investigaciones Históricas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1998, y Alexander Betancourt, *Imaginar la nación, soñar con el desarrollo: usos políticos de la historia en Colombia*. México: 2001, tesis de Doctorado en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- ¹⁹ Los expertos en historia nacional son un fenómeno académico más bien reciente. La presencia hegemónica en los años veinte de los miembros de la Nueva Escuela Histórica en los dos centros universitarios más importantes en Argentina, la Universidad de Buenos Aires y la Universidad de La Plata, por ejemplo, se ha entendido como el perfecto caso de la profesionalización de la historia en el país austral. Sin embargo, una aproximación detallada a cada uno de sus miembros y su trayectoria de formación y práctica académica demuestran que casi todos ellos provenían del Derecho y las clases que impartían eran muchas y muy disímiles entre sí. En este sentido, una observación sobre la apertura de Institutos de Investigación Histórica permite concluir que esta es una creación de mediados de siglo, con excepción de Argentina. Ricardo Levene, Emilio Ravignani, Romulo D. Carbia, Molinari, Caillet-Bois, miembros conocidos de la Nueva Escuela Histórica argentina provenían de ese flujo de inmigrantes llegados al país durante la segunda mitad del XIX. El Instituto Ravignani se originó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en los cuarenta. El caso de la Facultad de Filosofía y Educación en Chile es una excepción; para 1944 celebraba el centenario de su fundación. En México el modo de encauzar profesionalmente el quehacer histórico que se realizaba en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional se dio con la creación del Instituto de Investigaciones Históricas en 1945, y en los años cincuenta se consolidó el Instituto de Historia de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en el Perú. Hasta hoy en Colombia no existe una institución de este tipo, o en países como El Salvador ni siquiera existe la carrera de historia.

- ²⁰ Al respecto he dedicado un breve estudio en Alexander Betancourt, “La nacionalización del pasado. Los orígenes de las “historias patrias” en América Latina”, que presenté como ponencia al Simposio Internacional: *Poscolonialismo, nacionalismo y sujeto. Construcción de identidades en la literatura y cultura latinoamericanas del siglo XIX* realizado en el Instituto Ibero-Americano de Berlín entre el 8 y 10 de noviembre de 2001; inédito.
- ²¹ El número 7 de la revista *Eslabones* referido anteriormente es una muestra palpable de este proceso, al destacar la presencia de la escuela de los *Annales* en el ámbito latinoamericano. De igual forma es importante destacar la labor dispersa de Carlos A. Aguirre, *Breves ensayos críticos*. Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo, 2000, por ejemplo.
- ²² Enrique Zuleta Álvarez, “La tradición hispánica en la obra histórica de Pedro Henríquez Ureña”, en *Enrique M. Barba in memoriam. Estudios de historia dedicados por sus amigos y discípulos*. Buenos Aires: Academia Nacional de Historia, 1994, p. 556.